

clero secular y regular el juramento de renunciar al Papa y reconocer al Rey como Cabeza de la Iglesia, los más se sometieron; principalmente opusieron resistencia los Franciscanos observantes, al paso que, con el clero secular, tuvo en general el deseado efecto la amenaza de confiscarle sus beneficios (1).

Cuando murió Clemente VII, á 25 de Septiembre de 1534, el cisma de Inglaterra era ya un hecho totalmente consumado (2); el Parlamento y la mayor parte del clero estaban obedientes á los pies del Rey, que juntaba entonces en su mano la autoridad política y eclesiástica, y había sentado en el trono á su favorita; y aun cuando Enrique VIII no pensó por entonces en introducir una mudanza en la fe y el culto; reducida la Iglesia de Inglaterra, por sus caprichos tiránicos y adúlteras pasiones, á la condición de establecimiento cismático del Estado, era ya solamente cuestión de tiempo el que, por otras arbitrarias disposiciones de los príncipes, viniera á cambiarse en una comunidad eclesiástica fundada sobre los principios del protestantismo.

(1) Cf. Brosch, VI, 278 s.; Gasquet, I, 130 s.

(2) A la noticia de la muerte de Clemente VII, cuéntase que dijo Enrique VIII: «Quienquiera que sea elegido Papa, no quiero saber más de él, que de cualquiera sacerdote de mi reino.» Brosch, VI, 282.

## CAPÍTULO XII

### Separación de Roma de los Estados Escandinavos del Norte y de la Suiza.—Movimientos heréticos en los países románicos

La separación de los Reinos Escandinavos del punto central de la unidad eclesiástica, tuvo estrecho parentesco con la apostasía del reino de Inglaterra: en ellos, como aquí, partió del Trono aquella trascendental mudanza, y fué puesta en efecto valiéndose de medidas violentas. Hay, sin embargo, una diferencia; por cuanto Enrique VIII combatió las doctrinas luteranas, al paso que Federico I de Dinamarca y Gustavo Wasa de Suecia, las promovieron con todas sus fuerzas.

El trastorno de toda la antigua Iglesia, realizado en un tiempo relativamente breve entre los vigorosos pueblos de los Reinos Escandinavos, se hace más inteligible cuando se considera, cuánto había tardado el Cristianismo en echar allí hondas raíces, y cuán débilmente se había hecho sentir en aquellos países, situados en los últimos límites de la esfera de acción del Pontificado, el influjo de la Santa Sede. Otras circunstancias que prepararon y facilitaron la separación fueron, el aseglaramiento de muchos eclesiásticos, las extraordinarias riquezas de la Iglesia, que excitaron la codicia de los poseedores de la Corona, faltos de recursos; y finalmente, también el haberse enredado demasadamente los obispos en los negocios políticos (1).

(1) Cf. v. Schubert en la Zeitschr. für schleswig-holstein. Gesch. XXIV, 104 s., y Schäfer IV, 136, 138.

Para apartar los peligros que amenazaban á la religión católica, los obispos de Dinamarca, en la capitulación para la elección del nuevo Rey, antes duque Federico de Holstein, no sólo habían puesto la obligación de amparar «á la Santa Iglesia y á sus ministros», sino también la determinación expresa, de que nunca permitiría á un «hereje, discípulo de Lutero ó de otros, privada ó públicamente», la difusión de sus doctrinas. La capitulación electoral, de 3 de Agosto de 1523, determinaba, además, que sólo se proveerían los obispados en nobles daneses, y no se concederían las prebendas danesas sino á los naturales del país; y ningún extranjero (por consiguiente, tampoco el Papa) podría proceder contra los prelados daneses, ni algún negocio eclesiástico se podría decidir inmediatamente en Roma, prescindiendo de los prelados del Reino. Estas resoluciones, sólo en parte pueden explicarse y disculparse por los abusos cometidos en la Curia; pero en todo caso iban mucho más allá del justo límite, hasta abrir el camino para llegarse á constituir una Iglesia nacional católica danesa, según la forma de la Iglesia galicana (1); y esto precisamente en un momento histórico, en que importaba sobremanera no aflojar los lazos de la unidad eclesiástica. Desde entonces, el clero danés se vió precisado á buscar en la Nobleza y en el Trono su único apoyo, para resistir á las novedades religiosas que procuraban penetrar también en Dinamarca; y que ni en una ni en otra podía estribar seguramente, había de mostrarlo demasiado pronto el efecto.

Tan luego como el rey Federico I se sintió seguro en el trono, comenzó á proceder con gran circunspección y hábil cálculo contra la antigua Iglesia, y, quebrantando su juramento, dió entrada á las novedades religiosas. A 23 de Octubre de 1526, nombró capellán suyo á Hans Tausen, antiguo Sanjuanista que había abandonado el claustro (2); y en la Asamblea de los Señores, celebrada en Odense en Noviembre del mismo año, solicitó Federico I, que el dinero que se solía enviar á Roma por la confirmación de las dignidades eclesiásticas, lo propio que las annatas, se emplearan en lo futuro para la defensa del Reino. El Consejo

(1) V. Paludan-Müller, 515. Sobre la conducta circumspecta de Clemente VII respecto de Dinamarca, cf. Martin, Gustave Vasa 191 s.

(2) Cf. Rön, J. Tausens Liv, Kopenhagen 1757, Schäfer IV, 134 s.; Schmitt, Der dänische Luther, en las Hist.-pol. Bl. CXIV, 629 s.; el mismo J. Tausen, Köln 1894, y Sthyr's Theologisk Tidsskrift VII.

Real asintió, y, según parece, también los obispos, los cuales esperaban, por medio de estas concesiones, poder salvar los principales intereses. También fracasó la tentativa de los obispos de ganarse á la Nobleza por medio de «peligrosas condescendencias», contra «las anticristianas doctrinas» de Lutero; y asimismo resultaron infructuosas todas las ulteriores concesiones (1). El Rey siguió otorgando su apoyo en progresión creciente á los partidarios de las nuevas doctrinas, toleró el violento proceder de los mismos contra los católicos, y proveyó las sedes episcopales que quedaban vacantes en hechuras suyas, los cuales no tenían ni la consagración ni el reconocimiento del Papa. En la Asamblea de los Señores de Kopenhagen comparecieron, ya en 1530, veintiún predicadores luteranos, y presentaron, como su profesión de fe, 43 artículos, donde se contenían apasionados é injuriosos ataques contra los católicos (2). Los prelados católicos, que habían llevado consigo á sus más hábiles teólogos, principalmente al polemista carmelita Paulus Heliä (3), opusieron acerbas quejas por la injusticia que sufrían, é invocando la capitulación de la elección real, solicitaron la represión de las novedades. Todo fué inútil: Federico I se puso públicamente al lado de los protestantes luteranos, y declaró, que en todas partes podían enseñar en el Reino «los que tuvieran gracia para ello». Protegidos por el Rey, los novadores arrebataron violentamente á los católicos sus iglesias y monasterios en Kopenhagen y otros lugares (4); y todavía fomentó más el movimiento luterano, el fracasado intento de Cristián II (5) (que aparentemente había vuelto á la Iglesia) para reconquistar su Reino. Después de la muerte de Federico I (10 de

(1) He aquí el juicio de Schäfer (IV, 138). «Causa una impresión casi lamentable, el ir siguiendo en particular, cómo el clero danés, sin ayuda y sin defensa, oprimido por todas partes y limitado en sus derechos, va cediendo paso á paso, siempre con la esperanza de que, abandonando puestos incapaces de defensa, podría salvar la posición principal, mientras que el enemigo, alentado con el buen éxito, pero nunca satisfecho, avanza y penetra sin contemplación.»

(2) V. Pontoppidan, Annal. II, 836 s.; Münter, Kirchengesch. von Danemark III, 308; Schäfer IV, 163.

(3) V. L. Schmitt, Der Karmeliter P. Heliä, Freiburg i Br. 1893. Cf. el mismo, Die Verteidigung der katholischen Kirche in Dänemark gegen die Religionsneuerung im 16. Jahrhundert, Paderborn 1899.

(4) Cf. Schäfer, IV, 169 s.

(5) Cf. Laemmer, Mon. Vatic. 35; Röm. Quartalschr. XVII, 391; Raynald 1530, n. 58 s.; Schäfer IV, 172 s.; Martin 427 s.

Abril de 1533), como la Nobleza y los obispos difirieran la nueva elección, se produjo un interregno; durante el cual, la mayoría del Consejo Real, que era todavía católica, procuró reponer á la Iglesia en la posesión de sus antiguos derechos; pero como, en realidad, el alto clero se preocupaba más por alcanzar poder y riquezas, que por la antigua fe; fracasaron completamente estos buenos comienzos; y aun cuando el *receso* de la Asamblea de los Señores de Junio de 1533, ofrecía un fundamento legal para ello, no procedieron los obispos enérgicamente contra los protestantes. Por efecto de esta negligencia, la agitación luterana pudo continuar extendiéndose, aunque no con entera publicidad (1).

Casi al mismo tiempo que Dinamarca, se apartó Suecia de la antigua Iglesia; y también allí partió la resolución del Trono. Gustavo Wasa creyó ver en la introducción de las doctrinas de Lutero, el más seguro medio para quebrantar el poder de los obispos y aumentar sus escasos ingresos, apoderándose de los bienes de la Iglesia (2). Aun cuando Clemente VII se mostró muy conciliador, y á fines de 1525 permitió que Juan Magnus administrara el Arzobispado de Upsala hasta resolverse la causa de Trolle (3), el Rey apoyó con todas sus fuerzas á cuantos se pronunciaron contra la doctrina católica; principalmente los eclesiásticos que quebrantaban sus votos, podían estar seguros de su protección. Al propio tiempo, invocando «la revolucionaria máxima de que la necesidad pasa por encima de todas las leyes humanas y divinas», procuró, mediante un verdadero sistema de imposiciones, destruir los fundamentos materiales de la antigua Iglesia (4). Vinole muy bien al Rey la circunstancia de no hallarse legítimamente proveídos cinco obispados (Upsala, Strengnäs, Vesterås, Skara y Abo) y ser el obispo Ingemar de Vexjö an-

(1) Cf. Schäfer IV, 212 s., y Schmitt en las Hist.-pol. Bl. CVI, 660 s.

(2) «El rey, opina Weidling 156, hizo alianza con la reforma, con el intento de meter todo el producto en su bolsillo.» «Con la perspicacia del realista conoció el rey, que una reforma en sentido luterano le facilitaba la posibilidad de quebrantar el poder de la jerarquía, y apoderarse de sus riquezas. Cuán bien supo Gustavo procurar su propio provecho, demuéstralo muy bien la circunstancia, de que al fin de su reinado habían sido incorporadas al tesoro de la corona 12000 haciendas, que habían pertenecido á la Iglesia.» Allgem. Zeitung 1893, Beil. 29.

(3) Cf. Martin, Gustave Vasa 300.

(4) Weidling, 150 s., 152 s., 162 s. Geijer II, 42 dice, que Gustavo Vasa, en la introducción de la nueva doctrina, obró con una mezcla característica suya de astuta condescendencia y de arrojo; cf. *ibid.* 45 s.

ciano y condescendiente; de suerte que el excelente obispo de Linköping, Juan Brask, «el más prudente y sabio varón de aquel tiempo» en Suecia, y al propio tiempo «el más sincero amigo del país», quedó enteramente solo (1). La gran mayoría de la Nación, principalmente el pueblo rural, conservaba, no obstante, con firmeza, sus antiguas creencias; y especialmente los valientes y robustos moradores de la provincia de Dalekarlien, con cuyo auxilio había Gustavo, en otro tiempo, vencido á los daneses, mostraban una creciente agitación; algunas antiguas hechuras de Gustavo, que se habían enemistado con él, atizaban aquel movimiento; es á saber: el obispo depuesto, Pedro Sunnanväder de Vesterås, y el Preboste de su Catedral Knut. Estos acentuaban, que los daños materiales eran el castigo de la conducta del Rey, quien, aun cuando en su elección había jurado prestar amparo á la Iglesia, saqueaba ahora los templos y monasterios, á los sacerdotes y religiosos, y arrebatava las custodias, cálices y urnas de los Santos (2).

Gustavo Wasa supo, sin embargo, por muy hábil manera, enseñorearse del movimiento promovido en Dalekarlien, y sosegarlo por medio de una bien calculada blandura y con promesas de dinero, de suerte que Sunnanväder y Knut hubieron de huir á Noruega. Pero el Rey no hizo entonces sino proceder más resueltamente contra los bienes de la Iglesia, separando con un honroso pretexto al fiel católico Juan Magnus á quien decidió á aceptar una embajada á Polonia y Rusia (3).

Clemente VII se dirigió, á 19 de Septiembre de 1526, á los obispos de Linköping y Vesterås, quejándose de que ciertos eclesiásticos suecos tomaban mujeres, alteraban los ritos de la misa, distribuían la Comunión bajo las dos especies y rechazaban la Extremaunción; excitaba, pues, á los obispos á invocar el auxilio del brazo secular, y conjuraba al «amado hijo» Gustavo y á la nobleza sueca, á volver por la amenazada fe católica (4). El que el Papa pudiera aún entonces esperar algo de Gustavo Wasa en este respecto, muestra evidentemente, cuán insuficiente era su información acerca de la situación real de las cosas en los países

(1) Geijer, II, 49, 54.

(2) Weidling, 164 s.

(3) Weidling 173 s., 179 ss. Martin 308 s.

(4) Raynald, 1526, n. 128. Martin 325 s.

del Norte; mas ya al siguiente año debían desvanecerse enteramente todas las ilusiones sobre la actitud del rey de Suecia. El conflicto entre el Papa y el Emperador había llegado á su período álgido, cuando Gustavo Wasa comenzó á proceder paladinamente. Lo mismo que en otras ocasiones, había sabido el Rey escoger esta vez, con genial penetración, el momento oportuno; y con arte no menor, supo crear atmósfera contra Clemente VII (1).

Precisamente entonces se hallaban los católicos suecos intimidados; Gustavo había atraído á Suecia, ofreciéndoles salvoconductos, á los adalides del movimiento de Dalekarlien, primero á Knut, y luego también á Sunnaväder, á los cuales abandonó allí públicamente á los más pesados insultos, y más adelante los hizo ejecutar (2). Bajo la impresión de estas crueles medidas, tomadas contra dos dignatarios eclesiásticos, en la dieta de Vesteras de Junio de 1527, se realizó, por medio de un golpe de Estado, la separación de Suecia de la antigua religión católica. Aun antes de la apertura de aquella asamblea, compusieron los obispos una protesta contra las violencias que amenazaban á la Iglesia (pero no se atrevieron á publicarla!; y en la dieta misma, sólo el obispo de Linköping, Juan Brask tuvo, por de pronto, ánimo para declarar, contra las proposiciones del Rey, que, sin el beneplácito del Sumo Pontífice, no podía él aprobar ninguna mudanza en la doctrina, ni en el estado actual de las cosas religiosas. Y como el jefe de la nobleza se hubiese expresado en semejante sentido, declaró el Rey, con lágrimas en los ojos, que se vería obligado á deponer la corona, y abandonar á su suerte aquel país, que había librado de la dominación danesa. Esta escena efectista, brillantemente representada, no quedó sin éxito; y como el obispo electo de Strengnäs, Magnus Sommar, diera con vacilante ánimo el consejo de ceder, y se entreabriera á la Nobleza la perspectiva de obtener una parte de los bienes eclesiásticos, obtúvose la aprobación de las exigencias del Rey. Conforme á esto, la Corona dispondría libremente de las posesiones y rentas de los obispados, cabildos catedrales y monasterios; asimismo se predicaría en el Reino «la pura palabra y Evangelio de Dios»; y á la Nobleza se le concedió la facultad de revocar las donaciones hechas por sus predecesores desde 1454. Los obispos declararon en un particu-

(1) Cf. Martin, 345.

(2) Geijer II, 53. Weidling 196 s. Martin 250 s.

lar *receso*, que estaban «contentos de quedar tan ricos ó tan pobres» como la voluntad del Rey determinara (1); y por una ordenación especial, se hizo en seguida la Iglesia sueca dependiente, en todos respectos, de la voluntad del Rey. Comenzóse por un gran saqueo de las iglesias y monasterios, en el cual se inculcó principalmente que secularizaran «sin mucha consideración». Juan Brask fué enviado al destierro; y á 7 de Noviembre de 1527, ordenó Gustavo al electo de Strengnäs: que, no queriéndose contentar el pueblo con obispos no consagrados, debía recibir cuanto antes la consagración, por más que ésta no fuera de suyo necesaria (2); después de lo cual, el mencionado obispo se hizo consagrar con otros dos, á 5 de Enero de 1528, por el obispo Magnus de Vesteras. Este accedió á dar aquel cismático paso, luego que los que iban á ser consagrados hubieron prometido por escrito solicitar de Roma su confirmación (3); de lo cual, naturalmente, no se volvió á tratar después. Un «concilio nacional» celebrado en Örebro, en Febrero de 1529, conservó todavía muchas exterioridades católicas, para engañar al pueblo que, en su mayoría, no deseaba ninguna mudanza en la fe; pero, á pesar de esto, no fué posible este engaño en todas partes, y en algunas provincias, principalmente en Smaland, en la Gotlandia Oriental y Occidental, y más tarde asimismo en Dalekarlien, se promovieron levantamientos; bien que el Rey, aquí empleando una prudente benignidad, allí por medio de crueles rigores, acertó á enseñorearse de aquellos movimientos (4).

En el año de 1531 hizo elegir Gustavo, para arzobispo de Upsala, al hermano menor de Olao Petri, Lorenzo. Los obispos de Vesteras y Strengnäs, que en su corazón eran todavía católicos, enviaron una protesta contra aquello, y hasta los electos de Skara y Vexjö declararon, que solamente cedían por haber de temer, en otro caso, la prisión para sus propias personas y la ruina para sus iglesias: prueba evidente de cuán poco había penetrado el luteranismo en el clero sueco (5). Verdad es que sólo

(1) Geijer, II, 66 s. Weidling 201 s. Martin 351 s.

(2) Gustav d. Förstes Registratur IV, 368.

(3) Martin, 378. Contra la validez de las órdenes en Suecia se dirige el escrito *Mém. hist. sur la prétendue succession apost. en Suède*, par Msgr. de Fortemps de Warrimont, 2<sup>e</sup> éd., Liège, 1854.

(4) Cf. Geijer II, 69 s.; Weidling 247 ss., 283 s.; Martin 399 ss., 438 s.

(5) Cf. Martin, 416 ss. La protesta de los obispos de Vesteras y Strengnäs,

secretamente podían continuar oponiendo resistencia los eclesiásticos católicos (1); mas el clero sueco no careció de culpa en su ruina: su vacilante condescendencia y aseglaramiento (2), facilitaron al monarca, hombre de muchas cualidades y que podía disponer de todos los medios, la destrucción de la antigua Iglesia, cuyos bienes ofrecieron á la Corona un sólido fundamento material. Sin embargo, lo propio en Suecia que en Dinamarca, se vió obligado el Rey á conceder á la Nobleza una parte en la rapiña de los bienes eclesiásticos; y para la gran masa del pueblo, fueron muy desfavorables las consecuencias político-sociales de la mudanza de religión (3).

Más felices que los suecos fueron los suizos en su resistencia contra la introducción de las nuevas doctrinas. El hombre que se había puesto allí á la cabeza del nuevo movimiento, *Ulrico Zwinglio*, estaba, es verdad, bajo la influencia de Lutero; pero no era en manera alguna completamente dependiente de él. La doctrina de *Zwinglio* se distinguía en puntos esenciales de la del profesor de *Wittemberg*. Al paso que abrigaba al mismo tiempo extensos planes sumamente peligrosos para la existencia de la Confederación helvética (4), iba también mucho más allá que Lutero, y se oponía á los católicos con rudeza notablemente mayor. Verdad es que el movimiento desencadenado por *Zwinglio* en Zurich, para trastornar la Iglesia católica, se había extendido considerablemente por una gran parte de la Suiza alemana; pero con todo, continuaron fieles á la fe católica Lucerna, Zug y tres de los cantones, Schwyz, Uri y Unterwalden, de los cuales había tomado origen la Confederación. Ya en un consistorio de 14 de Diciembre de 1523, se ocupó Clemente VII en el estudio de las cosas de Suiza: el nuncio suizo Ennio Filonardi, fué llamado á Roma para dar información y recibir nuevas instrucciones. A fines de Febrero de 1524, volvió de nuevo Filonardi

no descubierta hasta hace poco, se halla en la *Svensk. Hist. Tidskrift* 1897, 61. Juan Magnus, confirmado finalmente por Clemente VII por arzobispo de Upsala, no pudo naturalmente tomar posesión de su silla; v. Raynald, 1532, n. 88.

(1) Weidling, 288.

(2) Cf. Olaus Magnus, publicado por Raynald, loc. cit. V. también Geijer, II, 39.

(3) Cf. los testimonios en Döllinger, *Kirche und Kirchen* 97 s., 102 s.

(4) V. Ghinzoni en el *Boll. d. Svizz. ital.* XV (1893), y *Theol. Zeitschrift* a. d. Schweiz XIII, 131 s.

á su puesto; mas, sin embargo, tuvo que quedarse por de pronto en Constanza, pues en los cantones católicos trabajaban contra él los enviados franceses, y en la protestante Zurich ya no se quería oír hablar de admitir un representante del Papa (1). Clemente VII, por su parte, para contener á los de Zurich, hizo depender el pago de los sueldos que se les debían, de la permanencia de los mismos en la religión católica (2).

A vista de la rápida difusión de las nuevas doctrinas, desearon los cantones católicos se les enviase un teólogo sabio, que pudiera oponerse á *Zwinglio*; el cual debía, al propio tiempo, ir provisto de facultades para continuar la comenzada reforma de los abusos que aquejaban á la Iglesia. El Papa respondió declinando esta última pretensión (3), y en Febrero de 1525, envió de nuevo á Filonardi, el cual se había acreditado como hábil diplomático en los asuntos temporales; pero, á pesar de todos sus conocimientos acerca del estado de las cosas en Suiza (4), carecía de profunda inteligencia de los asuntos eclesiásticos. No es, pues, de maravillar, que su misión resultara infructuosa (5). Cuán poco se conociera en Roma la verdadera situación de las cosas, lo mostró el requerimiento dirigido por Clemente VII, en 1526, al Gobierno de Zurich, para que enviase á Roma diputados con el fin de tratar de las controversias religiosas (6). Por aquel tiempo estaban en la Curia demasadamente ocupados en cuestiones de alta política, para que pudieran dedicar toda la atención necesaria á los asuntos eclesiásticos de Suiza; así que, el notable éxito obtenido por los católicos, en Mayo de 1526, en la disputa de Baden, no se aprovechó como era debido; faltó el apoyo de Roma, hiciéronse cada día más débiles los lazos de unión con la

(1) Wirz, Filonardi 62-63.

(2) Balan, *Mon. saec. XVI*, 192 s. Riffel III, 43. Wirz 64.

(3) Después los políticos católicos de la Suiza interior ensayaron, aunque sin efecto, emprender la obra de la reforma, sin la anuencia del Papa y contra el mismo. Cf. Rohrer, en el *Geschichtsfreund der fünf Orte* XXXIII, 27 s.; Oechsli, *Das eidgenössische Glaubenskonkordat von 1525*, que se halla en el *Jahrb. für schweiz. Gesch.* XIV, 263 ss., y en el *Anz. für schweiz. Gesch.* XXI (1890), 18 s.

(4) Esto lo acentúa Clemente VII, en los breves publicados por Balan, *Mon. saec. XVI*, 78, 81, 84, 88.

(5) Wirz, Filonardi 66 s., 68 s. Cf. Ehses en el *Histor. Jahrb.* XV, 469, quien cita también las actas del archivo secreto pontificio, desatendidas por Wirz.

(6) V. el breve publicado por Balan, *Mon. saec. XVI*, 246 s.

Santa Sede (1), mientras la revolución religiosa continuaba progresando.

Aun luego que quedaron ordenadas las cosas de Italia, el irresoluto y mezquino Papa no otorgó los auxilios necesarios á los defensores de la causa católica en Suiza; y hasta cuando Zurich impidió á los cantones católicos la importación de mantenimientos, provocando con esto la guerra civil, persistió Clemente VII en que no podía ayudar sino por medio de cartas é intercesiones. Lo más que hizo fué, prometer por fin la importación de cereales y de sal, y esforzarse por mover á los príncipes católicos, principalmente al Emperador, á acudir con auxilios militares (2). Carlos V, calculando friamente las circunstancias, no se dejó mover á ello; pero aun cuando los católicos suizos quedaron reducidos á sus propias fuerzas, se decidió en su favor la suerte de la guerra. A 11 de Octubre de 1531, los de Zurich fueron derrotados en Kappel; y Zwinglio, que había salido á campaña armado de todas armas, murió en la pelea. Las ilusiones que Clemente VII había alimentado ya antes, respecto á los de Zurich (3), se despertaron ahora con redoblada fuerza, haciéndole confiar que bastaría el éxito alcanzado para poner fin á la apostasía de Roma (4). «Ahora, después de la victoria de los católicos, escribía desde Roma Loaysa á 24 de Octubre de 1531, persevera Clemente VII en vencerlos, que deben retirarse y no adelantar más allá»; sólo en caso de quererse vengar los otros cantones, se deberá, conforme al parecer del Papa, prestar auxilio á los cantones católicos (5).

Habiendo llegado este caso, envió, por fin, Clemente VII, á 29 de Octubre de 1531, á los valientes defensores de la causa católica 3,000 ducados (6). En Noviembre, después de largas delibe-

(1) Al fin cesó enteramente; v. Wirz, Filonardi 70.

(2) V. los breves en el Archiv. für schweiz. Ref.-Gesch. II, 16 s. Cf. Escher, Glaubensparteien 256, 260 s.; Wirz, Akten 230 s.; Hyrvoix en la Rev. d. quest. hist. 1902, I, 499.

(3) V. el breve lisonjero á Zurich, de 7 de Mayo de 1531, publicado por Raynald, 1531, n. 22 y Wirz, Bullen und Breven 331 s.

(4) Suministra la demostración de eso, el breve de enhorabuena de 23 de Octubre de 1531 (Archiv für schweiz. Ref.-Gesch. II, 17), que Hyrvoix loc. cit. califica de trivial. V. también la \*relación de V. Albergati, fechada en Roma á 28 de Noviembre de 1531, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(5) Heine, Briefe 177.

(6) V. las \*cartas de Girol. Gonzaga, fechadas en Roma, á 29 y 31 de Octubre de 1531, que se hallan en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; \*Mandati 1531-1532, existentes en el *Archivo público de Roma*; Wirz, Akten 237; Archiv

raciones, mandó también el Papa alistar 4,000 hombres, y nombró á Filonardi, Legado en Suiza y Comisario general del ejército católico. Otros importantes auxilios habían de procurarse, imponiendo un tributo á todo el clero italiano; pero la ejecución de este plan se estrelló, sin embargo, en la resistencia de Venecia (1). Por su parte, las tropas auxiliares pontificias llegaron demasiado tarde; pues los cinco cantones habían ajustado ya la paz con Zurich á 20 de Noviembre de 1531, bajo muy moderadas condiciones; en términos de quejarse Lutero, «de que habían dejado en pie, en su tratado, la secta zwingliana, y ni siquiera habían condenado semejante error, sino dejándolo permanecer al lado de su antigua é indubitable fe, como ellos la llamaban» (2). También Clemente VII se lamentó de que los católicos suizos no prosiguieran suficientemente su victoria, y manifestó la esperanza de que la unidad de Suiza se restablecería por la reducción á la Iglesia de los que de ella se habían separado (3). Lo que todavía se hizo en este último respecto fué exageradamente ponderado por Filonardi, y de las relaciones enviadas por él á Roma se colige cuán grande fuera el optimismo con que juzgaba las circunstancias (4). También, por su parte, los católicos suizos estimaron en más de lo justo los éxitos obtenidos al principio por el restablecimiento de las iglesias católicas en una serie de lugares (5). El Nuncio, que esperaba reducir de nuevo á la obediencia de la Santa Sede á los herejes, valiéndose de amigos y dinero, no conoció sino gradualmente la profunda significación de aquel movimiento (6). Enviado de nuevo á Suiza en Julio de 1532, nada pudo conseguir Filonardi en su intento de volver á ganar á los cantones separados de la Iglesia; por el contrario, para robustecer la fe reli-

für schweiz. Ref.-Gesch. II, 18, y Fontana I, 477 s. Cf. Eidgenössische Abschiede IV, 1<sup>b</sup>, 1305; Escher 292; Hyrvoix, loc. cit., 500.

(1) Cf. Sanuto LIV, 557; LV, 126, 195, 338, 241; Heine, Briefe 180 s., 199; la \*carta de F. Peregrino de 19 de Noviembre de 1531 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), que se halla en el apéndice, n.º 137; Wirz, Akten 243 s.; Geschichtsfreund der fünf Orte XII, 226; Brosch I, 125, nota 2; Wirz, Filonardi 75; Escher 304.

(2) De Wette IV, 349.

(3) Breve de 10 de Diciembre de 1531, que se halla en el Archiv für schweiz. Ref.-Gesch. II, 18 s.

(4) V. Acta consist. publicadas por Wirz, Akten 250.

(5) Cf. Sanuto, LV, 378.

(6) V. Relatio V. N. Joannis Basadone, publicada por Ranke, Deutsche Gesch. III<sup>o</sup>, 265. Cf. Sanuto, LV, 377.